

Chilenos en armas: el llamado de la
patria y la economía del valor

Sergio Rosales Guerrero

Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico
(ACAGUE)



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

CHILENOS EN ARMAS

El llamado de la patria y la economía del valor

Por

Sergio Rosales Guerrero¹

¹ Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico. ACAGUE.

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

CHILENOS EN ARMAS. EL LLAMADO DE LA PATRIA Y LA ECONOMÍA DEL VALOR

EL SERVICIO A LA PATRIA.

El servicio a la patria constituye una expresión de identidad que es propia de los países y de las sociedades que en ellos se desarrollan. Como tal, puede darse en un contexto puramente dogmático y legalista, en tanto cualquier ciudadano por el mero hecho de pagar sus impuestos contribuye a la vida del Estado y por extensión a la de la nación misma. Así, la labor remunerada, junto con aportar bienes y servicios al país, representa también la cesión de una parte del trabajo individual al ente colectivo. Podemos asumir, entonces, que en todas las personas, indirectamente al menos, es posible hallar expresiones de servicio a la patria.

En este contexto, una de las expresiones que más directamente se vinculan con el servicio a la patria es la que se concreta a partir de las fuerzas armadas. En ellas, el ciudadano dedica una parte de su vida, y acaso su vida entera, a servir al país sin intermediarios de ninguna especie. La vida del militar que presta servicios en el ejército, la marina o la fuerza aérea, tiene el sello de lo inmediato y de lo evidente: se está allí para contribuir a una causa que no es propia pero que se ha hecho propia por el expediente del amor a la patria, por tanto el valor de la profesión no radica tanto en lo que se obtiene de ella como en lo que se da a otros en formas tales como la seguridad, la soberanía o la estabilidad nacional.

Sin embargo ¿qué es la patria?, ¿qué es eso a lo que sirven y contribuyen todas las capas de la sociedad y que supera el espacio de una generación para transmitirse sin claudicaciones a la generación siguiente? Porque la patria en sí no es sino un concepto, una abstracción. La patria no existe como las piedras o los ríos. La patria es un producto de la imaginación, pero no por ello es menos real o tangible que las piedras o los ríos. Si bien su realidad es distinta no es menos concreta que la de aquellas expresiones del mundo físico. La realidad de la patria se concreta en cuanto es percibida y se hace manifiesta en el lenguaje, en las costumbres, en los valores compartidos, en la historia, en el pasado común de la sociedad.

Tiene además la patria una connotación diferente a la de nación o Estado por el hecho de que ella posee un valor de parentesco entre las personas, distinto del familiar o sanguíneo y que viene dado por el hecho de haber nacido todas ellas en una misma realidad cultural. Con independencia de las capas sociales y de las divisiones políticas o religiosas y, en general, de cualquier clasificación que implique separación, hay —antes que todo— unidad cultural. Es ello lo que surge cuando en otros lugares del mundo, en otros países, los naturales de un país se reconocen espontáneamente como tales por cuanto son hijos de una misma y única realidad cultural. En este caso, ellos se dicen compatriotas, esto es, gentes que

comparten un origen común y único y que además no es de unos ni de otros, sino que propio de todos. De allí entonces que se trate de un producto imaginado y real a la vez.

DEFENDER A LA PATRIA

La defensa de la patria es uno de los rasgos más antiguos y recónditos de la especie humana y surge con la organización social, antes incluso de que existieran palabras como patria o sociedad. Las tribus y los clanes prehistóricos defendían sus posesiones e intereses por medios diversos, entre los cuales por cierto que se encontraba la guerra o, más propiamente, la incursión o la correría. De este modo, proteger lo que es de todos aun a costa de perder lo que es de uno, es un rasgo que aparece con la especie y que va a manifestarse con independencia de la complejidad que alcancen la organización social y la tecnología. Así, ya sea que se avance o retroceda en el tiempo, la necesidad de protección de una pertenencia, de algo que consideramos como propio va a derivar en la organización de la defensa. En este devenir, los ejércitos van a aparecer muy tardíamente, algo que viene a significar que la guerra es anterior a los ejércitos en decenas de miles de años. Los primeros ejércitos van a aparecer con las primeras civilizaciones, especialmente en Mesopotamia hacia el tercer milenio antes de nuestra era. La idea de patria, sin embargo, es una idea para la que habrá que esperar algunos siglos todavía. La identidad entre el individuo, el Estado y la nación será una invención más bien reciente pese a que sus primeros vestigios se remontan a la época de las ciudades estado, tanto griegas como sumerias.

En el caso de Chile, que es un país joven con menos de cinco siglos de historia escrita, la llegada de los conquistadores españoles va a traer consigo estas ideas e identidades, pese a que la conquista fue una empresa de carácter privado que aun así contaba con el fondo de autoridad de los reyes católicos. Lo que interesa destacar por ahora es que a su llegada van a encontrarse con la resistencia de aborígenes, organizados todavía en tribus o clanes a la manera de las organizaciones que eran propias del neolítico. Ahora bien, si a la tierra sumamos las mujeres de los aborígenes, sus hijos, sus símbolos y sus costumbres, quedaremos en condiciones de afirmar que al resistir como lo hicieron, actuaban en defensa de su cultura aun cuando no conocieran la palabra ni su connotación en lo político, lo histórico o lo jurídico. En estas circunstancias, salir en defensa de lo que es (o se considera como) propio no sería para los conquistadores un rasgo de la civilización, sino uno más bien propio del hombre mismo. Postergar el bienestar individual en aras de otro mayor que es el colectivo, se daba (como se da en la actualidad) en todas direcciones, holísticamente, esto es, a lo largo de las épocas y entre las culturas, con independencia de su desarrollo o forma de organización.

Para matizar aún más esta realidad, tomemos por caso la situación del rey de España, en cuyo establecimiento el cargo por sucesión familiar no siempre recaía en alguien de origen hispánico. Carlos V era natural de Gante (actual Bélgica); su sucesor Felipe II lo era de Valladolid pero era al mismo tiempo era rey de Nápoles y de los Países Bajos; algo similar va a ocurrir con su hijo Felipe III, natural de Madrid y sus sucesores, Felipe IV y Carlos II; Felipe V de España iba a ser natural de Francia (Versalles) y Carlos IV de Italia (Nápoles). En consecuencia, antes que ciudadanos los conquistadores españoles eran súbditos de la corona que a su vez era el palio más visible de una superestructura mayor que eran las casas reinantes europeas. La imagen republicana que una sociedad tiene de sí misma es una especie de recién llegada de la historia, por lo que hablar de patriotismo es hablar de una forma de

identidad y de fidelidad que hunde sus raíces en el pasado profundo pero que aflora en su especie más moderna (es decir, el patriota) en época reciente. Los patriotas chilenos, por ejemplo, van a surgir aparejados a los movimientos independentistas de comienzos del siglo XIX, para enfrentarse a los movimientos realistas o monárquicos, mucho más antiguos y cuya causa se anclaba a una idea que encerraba simultáneamente multitud de conceptos. Así, las expresiones de patriotismo, de identidad o, mejor, de continuidad entre lo social, lo geográfico y lo histórico constituye, por tanto, un sesgo de aparición reciente.²

Con todo, la defensa de lo que se considera propio, con independencia de la forma que posea, marca una latitud entre el “ellos” y el “nosotros” que es universal. Defender la patria es equivalente a defender el poblado, la villa o la aldea, lo mismo que el nombre de nuestro rey por oposición al nombre del rey de aquellos otros. Y esta defensa no es posible materializarla si no se posterga el “yo” del individuo por el “nosotros” de la colectividad. Es la defensa de lo ajeno, entendido esta vez como algo propio por continuidad histórica, idiomática y, en un sentido más amplio, cultural, lo que trae aparejada la claudicación de nuestro derecho a no querer hacerlo en aras de un bien superior. Esta cesión, que podrá ser voluntaria u obligada, queda sometida por esta vía a la imagen social del *nosotros* que se interpreta y observa como elevada o suspendida por encima del *yo*. La obligatoriedad de la defensa con que los estados imponen a sus ciudadanos el servicio militar resulta así una realidad periférica respecto de otra más vasta y profunda: lo propio es una consecuencia de la vida en comunidad, lo propio florece a partir de lo que es común. Sin comunidad no habría propiedad, no se podría decir “esta casa es mía” o “este parque pertenece a todos.” Si bien hay quienes por una cuestión meramente estadística no sentirán el empuje social que nos lleva a defender lo que no nos pertenece directamente, también por estadística es sabido que el sentimiento patriótico es el que a la larga se impone. En otras palabras, la norma es el patriotismo, no su contrario. Lo contrario del patriotismo no es la neutralidad sino la indiferencia. Y esta pretensión de distancia o desvinculación, si bien existe, suele ser marginal, habida cuenta de lo que nos muestran los casos de movilización de masas frente a asuntos que competen a todos los miembros de una comunidad (pues afecta a lo que es de todos). La indiferencia al llamado de la patria, a la vocación comunitaria, acontece en esta dinámica por el ascenso desmesurado del *yo* y su vuelo por encima del *nosotros*.

Siendo la norma el patriotismo, el curso natural por el que este debe encaminarse a la defensa de la patria es el de las fuerzas armadas. El ejército, en el caso del territorio continental, es por textura, por biología, el medio más adecuado para absorber el deseo de defender lo propio y materializarlo en la acción de una fuerza armada. Y es el medio más adecuado para proteger el conjunto comunitario propio/ajeno por cuanto es preexistente a la acción: ya existe cuando ella aparece y posee el modo de prestarse al empleo de la fuerza social en forma de defensa organizada. Así, en el ejército, se cierra el ciclo que une al Estado, esto es, a la sociedad y al espacio común en que ellos existen, con la defensa.

² Tan reciente que, estimamos, no es aventurado señalar que el patriota, como idea de identidad entre el lugar y la soberanía que en él se ejerce, no va a surgir espontánea ni mayoritariamente durante los movimientos independentistas sino después. Para que la idea de chilenidad asiente en el antiguo Reino, habrá que esperar todavía algunas décadas después de 1810. Al respecto cfr. Jaime Eyzaguirre; *Fisonomía Histórica de Chile*; Santiago; Ed. Universitaria; 1998; Cap. VI.

CHILENOS EN ARMAS

De la lectura de lo precedente podemos deducir que hay dos clases de chilenos en armas sirviendo a la patria: los que sirven en forma permanente y los que lo hacen en forma temporal. Los primeros son los militares de carrera, formados en institutos matrices y que hacen su vida en la milicia, lo que viene a hacer de ellos un sector de la sociedad fácilmente reconocible. Los segundos son aquellos otros que sirven en forma temporal y que son formados en los cuarteles militares o regimientos. Estos últimos pueden dividirse entre los que cumplen con un servicio militar, ya sea obligatorio o voluntario, y los que son movilizados por causa de alguna necesidad que puede ir desde el combate a una calamidad pública hasta la guerra misma. Estos últimos, los movilizados, son quienes menor preparación suelen tener puesto que no han recibido (las más de las veces) ni una preparación convencional en el servicio de las armas ni otra más formal en la gestación y desarrollo de la carrera militar. Las grandes guerras del siglo XX fueron cubiertas, en su gran mayoría, por movilizados. Los ejércitos proveían las estructuras o moldes en los que estas fuerzas nuevas se incorporaban para servir a sus países. Y como tales, entonces, se enfrentaban al enemigo en el campo de batalla. El soldado movilizado es quizá la forma menos convencional de ejercicio de la milicia pero al mismo tiempo es una de las más expresivas del concepto de patriotismo. La definición del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua nos dice que movilizar es convocar y poner en pie de guerra tropas u otros elementos militares. Convocar y poner en pie de guerra implica llamar un pueblo a sus hijos para que se reúnan y se armen. Pero ese reunirse, dónde tiene lugar, dónde sucede: en los cuarteles y en los regimientos. En el acto de convocar a un lugar para preparar la defensa del país, vemos el gesto más directo entre la preparación y la ejecución de esa defensa. Toda la voluntad de un país se cierra en torno de lo que es más común e íntimo de una sociedad: su identidad, lo que ella es, lo que de perderse se extingue y agota.

Acabar con una identidad cultural es mucho más difícil que ganar una guerra porque implica exterminar todo lo que representa y determina esa identidad, es decir, los hombres, las mujeres, los niños, los símbolos. Pero aunque ello no vaya a darse como tal, con ese grado de dureza y fatalidad, la intimidad de lo que es propio se ve amenazada y con ello basta. La llamada, la convocatoria a filas es más fuerte que cualquier otra consideración. Es esto, entonces, lo que sin lugar a dudas determinó la concurrencia de tantos hombres y mujeres al llamado a filas con que parte la Guerra del Pacífico en 1879. Pero aun así, ¿de dónde surge ese entusiasmo?, ¿qué es lo que lleva a un hombre a dejar atrás sus negocios e intereses más preciados?

La naturaleza, sin duda, la biología. Pero también el orden social, la tribu.

Chile ha participado en numerosas guerras en sus poco más de dos siglos de vida independiente. El siglo XIX fue particularmente violento para todas las generaciones, prácticamente sin excepción. Aquellos que hicieron la guerra independentista fueron los padres de los que hicieron la guerra contra la confederación peruano-boliviana y estos a su vez fueron los padres de los que participaron en los movimientos revolucionarios de la década de 1850 y que a su turno fueron los padres de los que irían a la guerra de 1879-1884 y de aquellos otros que se enfrentarían, dentro de las propias fronteras, en la guerra civil de 1891. La guerra, decía Hipócrates, es la época en que los padres entierran a los hijos y, a veces, podemos agregar, en el mismo campo de batalla. Para Hipócrates había algo que no encajaba

en el orden natural. Pero lo cierto es que sí. Acudir al llamado de las armas resulta natural pues lo que se protege en una relación entre individuos que comparten a un tiempo una cultura y un lugar, es lo que había cuando ellos nacieron y lo que deberá haber cuando ellos se hayan ido.

En esto no son excepción los hijos de la tierra chilena. Sus hombres han acudido al llamado de las armas desde todos los rincones del país y desde todas las capas de la sociedad, cada vez que ello ha sido necesario. El Ejército de Chile, instrumento de la defensa nacional de vida desigual y variada, cambiante, más y menos numeroso, más y menos equipado y armado, fue el medio de que se ha valido el Estado para acoger y preparar a los que responden al llamado de las armas. Si bien las guerras son grandes proveedoras de héroes y de nombres, la paz no le ha ido en zaga, pues tanto la una como la otra han ido cobijando en distintas épocas a toda clase de hijos, desde los más ilustres hasta los más desconocidos, haciendo que los últimos asciendan a la fama de los primeros y que los primeros compartan con los últimos sus mismas penurias y fatigas.

El servicio de las armas implicaba recogerse a un cuartel y someterse a la voluntad de una autoridad militar que representaba a un tiempo un saber, una tradición y una lógica social en armonía con las demandas del campo de batalla. Los nombres de insignes guerreros fueron, al comienzo, civiles que poco y nada sabían de armas, de disciplina militar y del concepto de patria. No hay un solo militar que no haya ignorado alguna vez los límites de la doctrina o sus contenidos valóricos, el porqué de los mismos, el sentido que poseen. A este espacio social y en cierto modo intuitivo accedieron los hombres, muchos de ellos venerados hoy, con la sola intención de servir, de proteger lo que no era de ellos ni de otros sino de todos.

Por este mundo que no es sino una suma de muchos mundos individuales, han pasado presidentes, ministros de Estado, senadores, diputados, gobernadores, alcaldes y toda clase de servidores públicos. Tal como una masa planetaria que atrae a todo lo que cae en su campo gravitatorio, el Ejército de Chile ha atraído el interés de ingenieros y albañiles, abogados y sastres, médicos y mozos de feria, sacerdotes y comerciantes, periodistas y sepultureros, estudiosos y analfabetos. Todos tienen un lugar exclusivo en el Ejército que, bien mirado, no es sino un puñado de causas individuales unidas por una causa o propósito común en que lo *nuestro* se antepone a lo *mío*. De allí que un bachiller en leyes organice la resistencia guerrillera en el período de la reconquista española; que una trabajadora social se transforme en la primera cantinera del Ejército de Chile en las campañas de la guerra contra la confederación peruano-boliviana; que un cateador minero acabe izando el pabellón chileno en lo más alto de Pisagua para señalar la victoria; que un ingeniero ferroviario encabece una carga de infantería en Chorrillos, al mando de su regimiento; que un tratante de ganado termine siendo el héroe de una jornada de resistencia hasta la muerte en Concepción – Perú; que una costurera atienda a los heridos de la batalla de Tacna en la guerra del Pacífico. Y la lista sigue, capataces, alfareros, campesinos, escritores, mineros, deportistas. Y como la suma es larga, ya va siendo hora de entrar en lo que hemos denominado la lógica del valor, mecanismo interno que sirve para entender no solo la profesión de las armas sino la sustancia misma de su economía.

LA LÓGICA DEL VALOR

El servicio de las armas posee una nomenclatura propia, que es como decir, un orden propio y que junto con hacerlo parte de la sociedad civil, de incorporarlo a su dinámica, lo mantiene al margen de ella. El Ejército de Chile, a semejanza de todos los ejércitos modernos, es permanente y por lo tanto es el polo opuesto de lo contingente. Se nutre del cuerpo social para poder valerse por sí mismo, esto es, de su propia fuerza sin tener que recurrir, en el mejor de los casos, a la movilización. Solo una guerra de alcance total demandaría el concurso de las bases movilizadas para enfrentarla. Este alimentarse del cuerpo social significa que recibe a voluntarios para conformar sus plazas permanentes y a voluntarios u obligados por la ley de reclutamiento, para completar sus cuadros de tropa. La obligación es inexcusable mientras se preste servicio y, por tanto, la libre voluntad se encuentra sometida, con independencia de la categoría, a mandar y obedecer según lo establecido. De allí que la obligación de cumplir cada uno con su deber imponga la demanda de un servicio intachable. El mismo acto que lleva a un hombre o mujer a servir en el ejército es el que le demanda hacerlo con rectitud. Es la persona la que se obliga a servir y no el servicio el que obliga a la persona. Esta dicotomía aparente entre lo que escogemos hacer y aquello para lo que somos escogidos, se resuelve por la vía del espíritu de la ley o, más ampliamente, por la vía del contrato social que obliga a los naturales de un país a prestar servicios que favorezcan la vida y persistencia del mismo.

En esta coyuntura en que se dan cita los valores permanentes de la nación, recogidos en sus leyes y reglamentos, con una estructura de mando y obediencia conformada por personas, son la razón y el buen sentido los que deben primar. De allí que la vida del soldado oscile entre los extremos del deber y la obediencia y aquellos otros de la convicción personal. En ocasiones, ambos conceptos pueden llegar a ser contradictorios. Y son estas ocasiones las que precisamente marcan el carácter del soldado. O mejor, lo ponen a prueba. Mientras las órdenes nos parezcan consistentes y coherentes, no habrá rebelión que no pueda ser sancionada como lo que es. Pero cuando la armonía se rompe, la rebelión puede volverse igualmente un deber. Es aquí, precisamente, donde la profesión de las armas vuelve a su origen épico: el deber y la obediencia generan, en ocasiones, conflicto. Y lo único que pueden hacer los ejércitos para precaverse de estas incidencias, es formar a sus cuadros en la escuela del deber, virtud accesible a todos y cuya insignia, como veremos, es la enseña del valor.

En los ejércitos se aprende de muchas maneras, pero la más recurrente es la de la observación. Son numerosos y variados los modos de aprendizaje, pero uno de los más importantes, por lo que tiene de inspirador, es el que nos lleva a mirar a otros hacer lo que esos otros nos mandan hacer. Y es por eso que las unidades indisciplinadas suelen tener mandos indisciplinados, siendo cierto también lo contrario. El ejemplo es la carga más pesada para cualquier comandante porque no puede deshacerse de ella. Siempre está en plan de modelo y de guía. No importa el lugar, la fecha ni la hora del día, un militar no puede dejar de representar su papel. Ni un subordinado ni la sociedad se lo podrían perdonar.

Alguna vez supimos de un profesor que se transformó en un modelo de conducta para sus alumnos en la escuela, puesto que siempre llegaba a la hora y todo el tiempo iba muy bien vestido. Para esos chicos de secundaria, su profesor era un modelo a imitar tal como un comandante lo es (o debe serlo) para sus subordinados. Cuando los chicos crecieron y dejaron atrás la escuela, uno de ellos encontró a su viejo profesor que atinaba a pasar por allí, cerca

de su casa, y que al reconocerlo se acercó a saludar. El joven lo contempló un momento y lo notó distinto, tanto, que se preguntó si no sería él el que había cambiado tras haber dejado atrás al niño. El profesor lucía descuidado, una barba de varios días ensombrecía su cara, su camisa iba abierta por el cuello y no llevaba corbata ni chaqueta. Al acercarse para saludarlo, el joven descubrió que además olía fuertemente a vino y hasta lo notó más alegre que de costumbre. El profesor le pidió algo de dinero que el joven no le pudo dar. No tenía dinero, era solo un joven.

La pregunta que nuestro joven del ejemplo ya convertido en hombre se formula desde entonces es, ¿cuándo se deja de ser profesor? ¿Hasta cuándo se debe andar por la vida dando uno ejemplos de sobriedad y pulcritud?

Quizá para siempre.

¿Y qué profesión obliga como la de las armas a cumplir con un compromiso de este tipo, que no admite excepciones ni señala caducidades?

Pocas, sin duda. La paz es dura para el soldado, la guerra es dura para la vida. Por eso, probablemente, Stephen Crane escribió *The red badge of courage* (La roja enseña del valor), para mostrar a sus lectores que siempre es posible vivir como un cobarde a menos que seamos soldados. La roja enseña del valor es una herida de guerra. Las heridas de guerra son enseñanzas conmovedoras que nadie quisiera para sí, pero que son una especie de marca de identidad del soldado de todos los tiempos. Tal vez no sea otro el propósito de señalar con una medalla un rasgo de valor, pues en este caso la medalla es la herida tal como esta es aquella.

Esta lógica del valor es la que impregna la vida de los cuarteles. Las conversaciones, los diálogos, el arte retórico, todo está impregnado de esta lógica del valor en que vocablos como lealtad, compañerismo, disciplina, no parecen tener término medio. Todos ellos son extremos que en el uso cotidiano parecen ir perdiendo fuerza y consistencia. La vida de cuartel es como un bálsamo que suaviza también el idioma, de modo que los extremos se vuelven medios, los vocablos comienzan a perder su significado original y la virtud corre el riesgo ya no de invertirse sino de volverse una impostura. Son estos los riesgos que corren los ejércitos que no tienen la costumbre de la guerra y están, por tanto, destinados a entrenar, a estudiar y a esperar. No por nada decíamos que la paz es dura como el caliche y que mantenerla intocada supone vivir como si perderla significara perder la guerra.

El valor es lo que único que un soldado nunca debiera perder. La cobardía es una forma de derrota total. El miedo es lo natural, el miedo es la norma. Vivir sin dejarse gobernar por él es el valor. El miedo es un estado tal como el valor es un límite. Y esta tensión que no necesita de guerras para manifestarse es lo que señala la clase de soldado que se es o se ha llegado a ser. Algo a lo que Calderón de la Barca aludía en una de sus obras menores, diciendo:³

³ Pedro Calderón de la Barca; *Para querer amor, querer vencerle*; Internet, Cervantes Virtual; <http://goo.gl/1CF3A7>; acceso: 24/6/2015. El texto se ha extraído de una edición de la ciudad de Valencia; Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, calle de la Cruz Nueva; 1769; p. 10.

*Oye, y sabrás donde estás:
Ese ejército, que ves
vago al hielo, y al calor,
la república mejor
y más política es del mundo, a que nadie espere
que ser preferido pueda,
por la nobleza que hereda
sino por la que él adquiere:
porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace,
y sin mirar cómo nace,
se mira cómo procede.*

Este “se mira cómo procede” es el que da la nota a nuestra sugerencia. Es la lógica del valor en su forma más elemental. Todo el adorno yace retirado y solo queda la figura de hombre en sí, sin subterfugios ni enredos.

*Y si es honrado,
pobre, y desnudo un soldado,
tiene mayor calidad,
que el más galán, y lucido;
porque aquí, a lo que sospecho,
no adorna el vestido al pecho,
que el pecho adorna al vestido:
y así, de modestia llenos
a los más viejos verás
tratando de ser lo más,
y de parecer lo menos.*

Hay algo en la vida militar que no se encuentra en otros sectores de la vida social. ¿Qué es ese algo que mueve a la civilidad a incorporarse a sus filas cuando es llamada? Sin lugar a dudas no es uno solo el factor (el algo de que hablamos) sino más de uno. Pero no solo eso, los factores cambian con las épocas. Es probable que la prosperidad traiga consigo una disminución en el número de jóvenes interesados en seguir la carrera de las armas. Y, por el contrario, que la pobreza y el hambre atraigan con mayor facilidad a otros a incorporarse a este mismo fin. También lo es que el número de vocaciones se mantenga más o menos constante, con variaciones en el rango social de los que provienen los futuros

oficiales y suboficiales. Durante el siglo XIX en Chile, el servicio de las armas era una posibilidad real de dejar atrás el hambre y la necesidad. Muchos jóvenes se incorporaron al Ejército para comer y disponer de alojamiento y ropa de abrigo. Sin embargo, lo que no varía es el mundo al que estas personas acceden con independencia del motivo que los hubiese movilizado a actuar. Y el mundo al que ellos acceden posee, como enunciábamos más arriba, una economía propia. El mundo militar es un mundo ordenado, un espacio en que arriba y abajo, izquierda y derecha no son relativos. Las reglas son letra viva, se transita por ellas a diario. Desde el saludo matinal hasta la retreta nocturna, pasando por los rituales de la iniciación del servicio y la salida a instrucción o las horas de alimentación. Las horas son fijas, los minutos cuentan, el tiempo parece acelerarse cuando cada aspecto del día tiene su momento: el trabajo, el descanso, la conversación. Cualquiera que haya prestado servicios en el ejército sabe que las cosas, hasta las más insignificantes, poseen cierta necesidad y, en ocasiones, incomprensible urgencia. El tiempo y el espacio son las entidades que gobiernan la rutina militar. Aquí a la hora tal, allá a la hora cual. Todo el cubillaje espacial se halla referenciado por coordenadas de tiempo y lugar. De otro modo, no sería posible entender las reglas del campo de batalla que para efectos de economía es el que establece el valor de cambio real entre la preparación en tiempo de paz y el rendimiento en tiempo de guerra.

EL SERVICIO A LA PATRIA Y LAS TRES EDADES DE LA HISTORIA MILITAR CHILENA

Una joven santiaguina de trece años de edad, de origen humilde, pierde a su padre y viaja a Valparaíso para quedarse con su madre. Trabaja como costurera y contrae matrimonio *in artículo mortis* con un carpintero. En 1877 viaja a Antofagasta, costeando el viaje con la venta de su máquina de coser que es todo lo que posee. Allí, nuevamente contrae matrimonio, esta vez con un maestro de música que al poco tiempo se incorpora a una banda boliviana de la ciudad. En 1878, el músico, bajo la influencia del alcohol, se trenza a golpes con un soldado boliviano. En la batahola, consigue hacerse de un fusil con el que dispara y mata al soldado. A los pocos días, el revoltoso es fusilado a orillas de una línea de ferrocarril y su cadáver abandonado y sin enterrar a orillas del terraplén. Su esposa acude al lugar, lo vela y sepulta. Pero antes de depositarlo en el hueco de tierra lo fotografía para “llevar consigo la imagen viva de su propia venganza.”⁴ Al poco tiempo se produce la ocupación militar chilena y la mujer quema su negocio de abarrotes y se disfraza de hombre para “ser admitida como soldado.” Pese a ser descubierta, marcha con las tropas al norte y participa en numerosas batallas entre las que destacan Pisagua, Dolores, Los Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores.⁵ A la sazón, en Miraflores, contaba con treinta y ocho años de edad. En 1888, el público la reconoce en una ceremonia con que se inaugura el monumento al roto chileno en la plaza Yungay y la aplaude y vitorea. Dos años más tarde fallece, un 25 de agosto de 1890, en la sala común de un hospital.⁶ En su memoria, una calle de la capital lleva su nombre.

La vida de ella, es la vida de un soldado. No importan el lugar ni la época. Tampoco el género. Todos los soldados se le parecen y ella se parece a todos los soldados. La forma

⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, “Las Amazonas...,” artículo publicado en *El Nuevo Ferrocarril*; Santiago; 12/8/1880; en Paz Larraín Mira; *Presencia de la mujer chilena en la Guerra del Pacífico*; Santiago; Universidad Gabriela Mistral; 2002; p. 55 y ss.

⁵ Diario *El Mercurio* de Valparaíso; 6/8/1880; en Paz Larraín Mira, ob. cit.; p. 59.

⁶ EMGE; *Héroes y soldados*; pp. 311-13; en Paz Larraín Mira; ob. cit.; p. 60.

más elemental de la gloria es el olvido porque en el fundamento de la fama que ella trae consigo, reside lo pasajero, lo temporal, lo que se extingue. Es esta la primera lección que aprende cualquier soldado: la gloria es algo personal, algo por lo que no se debe esperar tributo pues la memoria de los hombres es frágil y pródiga en imaginaciones. En fin, alguien atina a pasar por una calle, a leer el nombre de la calle y, quizá, a preguntarse quién es esa que le da nombre a la calle. Quién fue, qué hizo, por qué ha merecido ese honor de ser recordada aunque nadie la recuerde ya.

Una mujer, un soldado.

Algo que el escritor español Antonio Azorín fabulaba en un relato suyo que lleva por título *Un hidalgo*. En él nos cuenta las peripecias de un soldado ya retirado que vive, en la pobreza, del recuerdo que solo él conserva de su pasada gloria. Le sirven de testimonio una espada y unas pocas cosas más. “En un cabo de la mísera cama están las calzas y el jubón del hidalgo, que a él le han servido de cabecera; él los toma y se los va poniendo; luego coge el suyo, que él zarandea y limpia; después coge la espada. Y ya, a punto de ceñirse el talabarte, la tiene un momento en sus manos, mirándola con amor, contemplándola como se contempla a un ser amado.”⁷ El hidalgo sale y recorre el pueblo. Va a oír misa, a caminar por las calles polvorientas, a escuchar el susurro de las conversaciones, a encontrar otras miradas. “Y va pasando la mañana; doce graves, largas campanadas, han sonado en la Catedral; es preciso ir a casa...” Vuelve a casa, entra en ella, la recorre. Llaman a la puerta. Es Lázaro. Al verlo de pie en el umbral:

—Lázaro, ¿cómo no has venido a comer? —le dice, sonriendo, a su criado—. Yo te he estado esperando y, viendo que no venías, he comido.

...

Entonces Lázaro —que sabe que su señor está en ayunas— le ofrece un pedazo de la vianda; él titubea un poco; al fin..., al fin come.

La gloria, hermana de la nobleza, no puede desprenderse del soldado sin que este deje, al mismo tiempo, de serlo. Vivir uno de esta rara contradicción que nos mueve a alcanzar la gloria y rechazarla a la vez, es lo que tensa la vida del soldado tal como la flecha la cuerda del arco. A su manera, el autor de *El lazarrillo de Tormes* nos lo recuerda al comienzo de la obra: “¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro.”⁸ Buscar y evadir el peligro, romper la seguridad inercial de la cobardía aun con cargo al precepto de la discreción y la prudencia, según nos lo dice Falstaff cuando haciéndose el muerto, consigue postergar una muerte segura:

FALSTAFF: (*Levantándose.*) ¡Embalsamado! Si me embalsamaras hoy, os daría permiso para salarme y comerme también mañana. ¡Sangre de Cristo! A tiempo estuve de hacerme el muerto, que si no, ese furioso pendenciero de escocés me habría hecho pagar su escote y el importe completo también. ¿Fingir? Estoy acostumbrado; no he fingido nada; lo que es fingir es el morir, pues el que está muerto es una imitación de hombre, que no tiene en él la vida de un hombre. Pero el que finge la muerte cuando vive, no hace un fingimiento, pues es la verdadera y perfecta

⁷ Ernesto Livazic G.; Unamuno, Azorín y Ortega. Ensayos; Santiago; Ed. Andrés Bello; 1978; p. 94 y ss.

⁸ Anónimo; *Lazarillo de Tormes*. Edición de Víctor García de la Concha con prefacio de Gregorio Marañón; Barcelona; Espasa Calpe, S.A.; 2001; pp. 61-2.

imagen de la vida misma. La mejor parte del valor es la discreción, y gracias a esta mejor parte he salvado la vida.⁹

Siempre hay una excusa para evadir el peligro y aun una filosofía entera para hacerlo, tal como veremos al final de este trabajo. El valor, que es la divisa en nuestra economía de lo militar, es un límite que sigue el encargo ascendente de vencer una resistencia. De pie ante la idea del justo medio planteada por Aristóteles («in medio virtus»¹⁰), Cervantes nos lo transcribe así:

...bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad: pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no baje y toque en el punto de cobarde. (*Quijote*, II, cap. XVII).

Sin embargo, más adelante hace gala de cinismo falstaffiano cuando agrega que:

No huye el que se retira –respondió don Quijote–, porque has de saber Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. (*Quijote*, II, cap. XVIII).¹¹

La vida del soldado es una eterna tensión que puede resumirse en una expresión simple y definitiva: actitud frente a la muerte. Es el equivalente de la sentencia ciceroniana *Tota philosophorum vita commentatio mortis est* (La vida entera de los filósofos es una preparación para la muerte).¹² La del soldado no lo es menos. Hay cierta radicalidad en la vida militar que resulta atractiva para quienes reconocen en la vida posibilidades de aventura. La diferencia entre el aventurero y el militar es que este último debe someterse a una disciplina y a un orden. En todo lo demás, la del militar o soldado es una vida entregada a la aventura. Quizá en esto radique el atractivo que para los jóvenes posee la vida militar pues en ella las condiciones del orden y la seguridad se encuentran sometidas a los vaivenes de lo incierto. El orden castrense se opone al caos de la guerra. El señor de la guerra representa al desorden, de modo que el joven movilizado ve en él no solo al enemigo sino a aquello que se interpone entre el miedo y la gloria. Olvidado el miedo, el señor de la guerra es solo un espectro por el que se atraviesa como por la niebla o la oscuridad.

Dicho lo anterior, adentrémonos ahora en la carretera de la historia, ese camino que une los extremos borrosos del pasado profundo y del futuro incierto. El origen de los ejércitos está en la guerra. Primero fue la guerra, luego los ejércitos. En esta continuidad hay zonas de sombra, numerosas, que asoman en forma de mitos y que sirven para dar cuenta de que lo que hacemos viene en cierto modo señalado desde un pasado sin tiempo, más allá de los escritos y los testimonios. Todo lo que tenemos para llegar hasta allá es el oído. Solo podemos escuchar. No hay pruebas ni huellas. El mundo occidental tiene los relatos homéricos. La misma Roma tuvo –o se dio, según se mire– su *Eneida*, algo que a no dudarlo vive con la misma materialidad que el libro que el lector tiene en sus manos, no obstante la imposibilidad de demostrar su existencia. En el caso de Chile, particularmente de la historia militar de

⁹ Shakespeare; *Obras Completas - Enrique IV – Primera parte*; traducción de Luis Astrana Marín; México D.F.; M. Aguilar Editor, S.A. de C.V.; 1991; p. 503.

¹⁰ Aristóteles; *Ética a Nicómaco*, II, 1104 a 22-25; en Luis Rodríguez-San Pedro Bezares; *Atmósfera universitaria en Cervantes*; Salamanca; Ediciones de la Universidad de Salamanca; 2006; p. 41.

¹¹ *Ibidem*.

¹² Citado por Enrique Tierno Galván en *Aura Dicta*; Barcelona; Crítica S.L.; 2004; p. 75.

Chile, encontramos también una *Eneida* y, en adelante, una suma documental que dejará atrás el mito para transformarse en la historiografía moderna y, de paso, en una filosofía de la historia que es lo que rige hoy el carácter y el método de nuestros estudios. Así, en el marco mayor de nuestra historia militar podemos reconocer, si se nos permite la arbitrariedad, tres grandes estadios o edades, que son: la edad mítica, la edad heroica y la edad democrática.¹³ Revisaremos de manera muy sucinta cada una de ellas.

La edad mítica

La edad mítica corresponde a aquella época de la historia militar basada en los poemas de Alonso de Ercilla (1533–1594) y de Pedro de Oña (1570–1643), *La Araucana* y el *Arauco Domado*, respectivamente, de clara raigambre virgiliana, especialmente el primero. En estas obras, el indígena que poblaba las tierras de la zona central y del sur de Chile se opone al conquistador español y se le enfrenta en una guerra que alcanzará ribetes épicos. A la manera de los héroes homéricos y virgilianos, los araucanos enfrentarán un desafío mayor y poderoso, con el solo valor de su audacia, sus músculos y su astucia. Es muy poco lo que se sabe de ellos en comparación con lo que se dijo de ellos. Y lo que se dijo de ellos va a fundar una identidad nacional que verá en estas tribus del neolítico la base de un pueblo guerrero y belicoso, algo que el historiador Sergio Villalobos va a contextualizar de un modo que es propio de la edad democrática: “Es lugar común de la mentalidad chilena pensar que los araucanos fueron una ‘raza militar’ y que sus características habrían pasado a sus descendientes mestizos, los chilenos.” Y agrega: “Los araucanos no eran una raza guerrera, porque no hay razas guerreras, sino que cada pueblo desarrolla habilidades bélicas o de cualquier otro tipo, urgido por necesidades momentáneas. Durante varios siglos, antes de la llegada de los españoles, las tribus araucanas habían vivido en lucha entre ellas por diversas causas... La conquista los obligó a redoblar los esfuerzos bélicos y pudieron enfrentar con éxito a los invasores...”¹⁴ El éxito inicial, sin embargo, daría paso a distintas formas de convivencia que fueron desde la colaboración y el intercambio comercial hasta la integración completa en el continuo estado-nación que es el Chile de hoy. Con todo, para el imaginario castrense pervivió la lucha del aborigen semidesnudo que enfrenta la coraza, el hierro y la pólvora, hasta las últimas consecuencias. Esta edad mítica abarcará una larga extensión temporal y que acabará –si vamos a fijar algún hito que sirva de referencia- con el gobierno de García Hurtado de Mendoza (1557–1561).

La edad heroica

La edad heroica representa un salto con respecto a la primera porque es casi con exclusividad la del siglo XIX. Siglo romántico por excelencia, en el caso de la historia militar chilena va a comprender todas las grandes guerras en que al país le cupo participar, esto es, las guerras de la independencia, la guerra contra la confederación peruano-boliviana, la guerra del Pacífico, la guerra civil de 1891, además de los distintos episodios revolucionarios con sus correspondientes batallas y cifras de muertos.¹⁵ Son estas guerras, especialmente la

¹³ Esta es una clasificación personal pero que sigue de algún modo (bastante remoto, por lo demás) lo señalado por el crítico literario estadounidense Harold Bloom en su *Canon occidental*.

¹⁴ Sergio Villalobos; *Vida fronteriza en la Araucanía: el mito de la guerra de Arauco*; Santiago; Ed. Andrés Bello; 1995; p. 44 y ss.

¹⁵ Si se ordenan los países según la frecuencia y duración de las guerras entre 1800 y 1945, Chile ocupa el lugar 18 con 17,9 años de guerra en el período, por detrás de Nicaragua (18,3), Costa Rica (19,6), Bolivia (20,3), El

del Pacífico, la que va a alimentar el imaginario colectivo de la tradición militar chilena. De allí saldrán los nombres de los héroes, sus hazañas, las batallas, las efemérides, los rituales, los ceremoniales, y toda o casi toda la retórica castrense. Este período de la historia nacional de Chile va a ser la sustancia que informe y vivifique internamente al Ejército de los siglos venideros. De aquí saldrán los modelos a seguir, los hechos a imitar. En el esqueleto reconoceremos la reforma y la influencia militar prusiana de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que aportará, sin ningún género de dudas la estructura y muchos de los códigos que rigen hasta hoy. Pero serán las guerras del siglo XIX, especialmente la de 1879-1884, las que den la medida y la proporción de lo que es y debe ser un militar chileno.

La edad democrática

La influencia historiográfica del siglo XIX, con sus métodos y su rigor científico, va a desplazar del centro del canon a la narrativa épica que educó a la masa del estudiantado nacional hasta fines del siglo XX. La nueva historiografía va a desmitificar y a desacralizar prácticamente todo, desde los relatos hasta la influencia de los relatos en las personas. En un giro que podríamos denominar copernicano, la historiografía chilena va a volcarse a una revisión exhaustiva de lo que fue el pasado, solo que esta vez con cifras y en más dimensiones. Además de las batallas y de las elecciones presidenciales, que representan lo público, el historiador abandonará la cátedra para entrar ahora en los hospitales, en los conventillos, en los barrios periféricos, en las escuelas, en los comedores públicos. Los historiadores Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri lo plantean así:

Tradicionalmente, la historiografía ha orientado su interés dentro de lo que se entiende por espacio o esfera pública. Es el caso, entre otros, de la historia política, la historia militar, la historia de los movimientos sociales... ¿Por qué ha existido este predominio de la historiografía de *lo público*? ¿Por qué el hombre –al menos colectivamente-, normalmente solo recuerda lo sucedido en el plano que está abierto a todos, que tiene *publicidad*? Es de este ámbito que surgen los hitos, lo que la historiografía francesa ha llamado «los lugares de la memoria», lo simbólico, la efeméride, lo «destinado» a ser recordado. Sin embargo, nadie o casi nadie recuerda los ritos fundamentales, repetitivos y cotidianos, a veces inconscientes, del ámbito privado.¹⁶

Por su parte, en *Introducción a la historia militar*, el general Roberto Arancibia nos hace ver que, en efecto, el siglo XX trajo consigo nuevas tendencias

y corrientes, siendo la principal de ellas la Escuela de los Annales, [que] rechaza la historia de los eventos y se abre al estudio de las sociedades en todas sus expresiones. En cuanto al método –añade- plantea una visión interdisciplinaria, ya que el aporte de nuevas ciencias auxiliares le da mayores posibilidades. Asimismo, introduce la idea de mirar la historia desde abajo más que centrada solo en los líderes políticos o militares.¹⁷

Así y todo, el proceso ha sido paulatino antes que cadencioso y regular. La edad heroica, a semejanza de la mítica, parece instalada en un espacio singular, lejos del alcance

Salvador (23,8), México (24,1), Guatemala (24,5), Uruguay (24,8), Argentina (25,5). El país con más años de guerra en el período es Rusia (49,3), seguido de Gran Bretaña (48,3). Tomado de Lawrence H. Keeley; *War Before Civilization*; New York, Oxford; Oxford University Press; 1997; Kindle Edition; Table 2.5.

¹⁶ Rafael Sagredo, Cristián Gazmuri; *Historia de la vida privada en Chile*; Santiago de Chile; Aguilar Chilena de Ediciones S.A.; 2005; p. 6. (Las cursivas son de los autores.)

¹⁷ Roberto Arancibia C.; *Una introducción a la historia militar*; Santiago; Academia de Historia Militar de Chile; 2015; p. 98.

del historiador inquisitivo. Algo que la distancia marcadamente de la historia militar de la edad democrática. La profesionalización del Ejército cambió para siempre la narrativa porque esta vez, al testimonio oral se vino a sumar su contraparte escrita, un medio externo informado y más consciente de su época, y un sentido crítico que somete a discusión cualquier idea que huela a dogmatismo.

Es este el panorama que vemos mediada ya la segunda década del siglo XXI. Un pasado que en parte es intocable, fijo y esencialmente conmemorativo, unido a un presente que es pura discusión y desacuerdo. La carrera de las armas se afirma en ambos. Servir a la patria sigue siendo, en la perspectiva económica, una mezcla de historia y tendencias de mercado.

EL LLAMADO DE LA PATRIA Y LA ECONOMÍA DEL VALOR

El Ejército de Chile de la actualidad es otro. Es un ejército profesional, en el que sus hombres y mujeres reciben capacitación y salarios, junto con una cobertura de salud y de pensiones que hacen posible una vida militar dedicada con exclusividad a las armas. Desde comienzos del siglo XX, el Ejército es una rama del servicio público, con presupuesto fiscal, con instalaciones a lo largo de todo el país, con presencia en el imaginario colectivo de la nación y con presencia también en el ámbito internacional donde los ejércitos se reconocen y establecen relaciones de amistad y colaboración. El Ejército, entonces, es una suma de elementos que se agregan desde el pasado y que incluyen todas las influencias recibidas y todas las tradiciones heredadas.

Entre las influencias, encontramos la primera de todas, que es la española, la de los conquistadores. En seguida, y en orden cronológico, la de la Francia post-napoleónica, la prusiana, la estadounidense y, en la actualidad, la de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN por sus siglas en español. Todas ellas están presentes hoy, pese a que la impronta natural obedece marcadamente a la influencia española. Entre 1536 y 1810, por proponer solo dos hitos históricos relativos al descubrimiento y a la organización de la primera junta nacional de gobierno, la presencia española marcó para siempre la manera del ser chileno. La lengua, la empresa de la conquista, el ordenamiento jurídico administrativo, además de la cultura, incluida la religión, son la marca mayor de un ejército que, como decimos, es al mismo tiempo el fruto de numerosas y variadas influencias.

Pese a todo, en la actualidad el servicio a la patria sigue siendo una posibilidad real en las filas del Ejército. Año a año, nuevas generaciones de jóvenes se incorporan a sus filas para servir en los cuerpos de tropa o en las unidades administrativas que mantienen con vida un cuerpo conformado por varias decenas de miles de hombres y centenares de instalaciones repartidas a lo largo de todo el país. Como antaño y por distintas vías, encontramos soldados, maestros de escuela, abogados, médicos, ingenieros, técnicos y un sinnúmero de profesionales que sirven a la patria ejerciendo su profesión en este gran corpus social que es el Ejército.

La tradición, sin embargo, aun proviene de las edades que enunciamos antes y que es posible encontrar en los nombres de las unidades, de los cuarteles, en los himnos, en el ritual, en el culto sagrado, en el recuerdo, en la formación y en la enseñanza. La edad mítica y la edad heroica, especialmente esta última, son las edades sagradas del ethos castrense de Chile. Ellos son la medida de lo que es elogiable y de lo que es reprehensible. Nunca pasan de moda,

siempre están allí, como la jovencita aquella que dio su nombre a una calle y que murió en la soledad y el olvido, pues, ¿a qué otra cosa puede aspirar el que sirve a su patria a través de las armas si no es a la gloria íntima, sin fama, personal, aquella del hidalgo español que nos retrataba Azorín en su cuadro de costumbres?

MEMENTO QUIA PULVIS ES (RECUERDA QUE ERES POLVO).

En la economía del valor el dinero no es lo que cuenta. Lo que cuenta es el coraje moral. El Ejército es un lugar en el que se cultiva esta clase de fama con desigual fortuna: este ejército como cualquier otro está formado por hombres y los hombres son imperfectos. Se equivocan y confunden. Pero las referencias, y esto es lo que hemos querido hacer notar a lo largo de este trabajo, siguen estando allí, no cambian nunca aunque los métodos y las normas historiográficas lo hagan. Tal vez haya solo una manera de ser héroe en la escuela y la economía del valor, y todo lo demás sea vano artificio. Falstaff y don Quijote, la vieja y persistente tensión aniquiladora entre el ser y el deber es el dilema de cualquier militar, de cualquier chileno en armas, profesional o movilizado. Lo que, de paso, nos recuerda uno de los pasajes finales de *Las Metamorfosis* de Ovidio, cuando Ulises y Ajax se disputan la posesión de las armas de Aquiles. Este último le enrostra al primero que su escudo está casi nuevo de no usarlo, en cambio el suyo ya necesita reemplazo. Entonces, a su turno, el primero le reconoce su valor: reconozcámoslo, dice, sí, tienes valor. Yo tengo sabiduría y prudencia. El general, agrega, ¿cuál de estas virtudes necesita?

Y nosotros, con la mirada puesta en nuestra edad heroica, nos preguntamos también: ¿quién es el justo merecedor de conservar las armas de Aquiles? La respuesta no es uno u otro, eso lo sabemos. En el servicio a la patria, la última palabra siempre la tendrá el futuro.

—